

## LA NARRATIVA BREVE DE JESUS FERNANDEZ SANTOS

**Capítulo de conclusiones generales de la Tesis de Licenciatura titulada La narrativa breve de Jesús Fernández Santos, realizada por María Bargalló Escrivá, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de Tarragona el 20 de octubre de 1983, que obtuvo la calificación de Sobresaliente por unanimidad.**

**El Tribunal estuvo formado por: Dr. Alberto Blecua (Presidente), Dr. José M.<sup>a</sup> Fernández (Director) y Dr. Francisco Mundi.**

Tras el análisis de los treinta y cuatro relatos que configuran, hasta el momento, los cuatro libros de narraciones que ha publicado Fernández Santos, es tiempo de establecer unas conclusiones generales.

Uno podría preguntarse si era necesario detenerse en cada relato y estudiar sus aspectos más importantes. Quizá hubiese sido válido establecer los temas esenciales para estudiarlos en las diversas colecciones de cuentos y señalar, después, los procedimientos narrativos más característicos. Pero creo que este trabajo hubiera podido pecar de demasiado generalizador con lo que hubieran pasado desapercibidos algunos aspectos peculiares.

Así, el objetivo que marcábamos en la presentación de este estudio, analizar la evolución de la prosa de Fernández Santos a través de sus narraciones, ha podido llevarse a término.

Las conclusiones parciales que se incluían tras el examen de cada obra nos daban ya las líneas generales sobre las que ahora insistiremos.

Utilizaremos para ello el esquema siguiente: la anécdota, los personajes, la estructura, la posición del narrador, el espacio, el tiempo y el estilo. En cada uno de estos apartados podremos determinar el avance que ha sufrido, pues, cada uno de los aspectos antes citados.

– La anécdota

La evolución general de este aspecto nos lleva a subrayar la tendencia de la narrativa actual hacia la anulación de la historia. Si ello se impone, cada vez más, en el campo de la novela, en el ámbito del relato breve se ha llevado hasta sus últimas consecuencias.

Fernández Santos huye así de dar un principio y un fin explícitos a sus relatos que buscan, sobre todo, unos momentos específicos en la vida de los protagonistas.

Podemos hablar de una línea –que va desde *Cabeza rapada* hasta *A orillas de una vieja dama*– que marca una progresiva dilución de la historia

para convertirse, prácticamente, en un pretexto que permite al autor sacar a la luz la interioridad del personaje.

– Los personajes

Son el centro de interés de todas la narraciones. El retrato de los protagonistas ha sido desde su primera colección, *Cabeza rapada*, su preocupación fundamental. Hablábamos de ello en la conclusión de esta obra como un rasgo que le diferenciaba de la tendencia general en estos años dominados por el personaje colectivo con clara representatividad social. Esto no significaba una forma de rehusar el sentido social de sus protagonistas. Todos ellos, por estar inmersos en una realidad dada, pueden mostrar un determinado sector de la sociedad, pero el acento recae en la actitud vital de estos personajes.

Fernández Santos es un observador atento de la realidad que le circunda y busca en ella los caracteres primordiales de las personas que la forman, aquellas que pasan, quizá, desapercibidas pero que encarnan unos problemas universales. De esta observación cuidadosa el autor parece haber extraído un triste resultado: los hombres y mujeres del siglo XX están sumidos en una radical soledad, fruto, muchas veces, de la incomunicación. Se muestran incapaces de comprender los problemas de los demás y a duras penas consiguen que los suyos sean escuchados. También es inquietante el convencimiento, cada vez más claro, por parte del autor de que el hombre se encuentra coartado por una serie de circunstancias que, sin tener una entidad considerable, le atenazan y le impiden regir su propio destino. De aquí que muchos de sus protagonistas, afectados por estos problemas, se encuentren en un laberinto del que les es imposible salir porque, muchas veces, ya han desistido de ello. Y lo que es más preocupante es que el personaje –a diferencia de los protagonistas de *Cabeza rapada* que muestran una actitud emotiva y expectante– penetra intelectivamente en su propia historia, es capaz de reconocer –la mayoría de las veces– sus limitaciones y, al mismo tiempo, señalar las posibles salidas, aunque estas circunstancias, prácticamente impalpables, se lo impidan. Podría incluso decirse que sólo varían estas limitaciones externas, mientras la problemática interior de los personajes se circunscribe, con pocas variaciones, a ésta que acabamos de señalar.

Ahora bien, no podemos dejar de indicar un tema que aparece como fondo en un buen número de cuentos: la guerra civil. De forma significativa, la experiencia vital de los protagonistas de los tres primeros libros de relatos se halla condicionada por esta contienda. En su última colección, *A orillas de una vieja dama*, el tema ya no aparece. La causa de esta ausencia estaría en el progresivo alejamiento de estos sucesos que en 1979, año de publicación de dicha obra, han quedado, en buena parte, relegados de su memoria.

Ello no ocurriría, sin embargo, en *Cabeza rapada*. En este libro los niños, protagonistas de buena parte de las narraciones, encarnaban una acti-

tud peculiar ante la guerra: no comprendían sus causas, pero sí padecían sus consecuencias que les convertían muchas veces en adultos prematuros.

En otros relatos —ya dentro de *Las catedrales* o de *Paraiso encerrado*— encontramos a estos niños o adolescentes ya mayores. La rememoración de la contienda sigue siendo el eje de la mayoría de los recuerdos de las etapas iniciales de su vida.

Podríamos agrupar las distintas figuras que aparecen en sus narraciones alrededor de tres grupos significativos:

i) los niños: Son protagonistas fundamentales en su primer libro de cuentos, *Cabeza rapada*. (No hay duda de que hay en ellos un importante trasfondo autobiográfico). Son, asimismo, los personajes que mejor representan una actitud expectante y a la vez desencantada ante el mundo que les rodea, pensado por y para los adultos.

En los tres libros posteriores sólo tienen un papel central en un relato incluido en *Paraiso encerrado* —«El pez de nieve»—. Ahora bien, la niñez como etapa fundamental de la existencia de los personajes aparecerá reiteradamente en los recuerdos de todos ellos. La emotividad que encarnaban los niños de *Cabeza rapada* se ha teñido de melancolía al ser los protagonistas, ya mayores, los que rememoran esta época de su vida.

ii) los jóvenes: Tienen también un papel importante en sus narraciones. Podríamos decir que su interés por este sector ha ido creciendo hasta llegar a la última colección, *A orillas de una vieja dama*, donde los jóvenes protagonizan una buena parte de los relatos.

La actitud que más sobresale en ellos es su incapacidad de ilusionarse por lo que hacen, su hastío casi permanente. Si en un principio, con «Este verano», Fernández Santos seguía la línea crítica iniciada por la generación del 50 hacia una juventud burguesa que no encuentra —a pesar de las facilidades que tiene al alcance de la mano— una salida a su tedio, el círculo ha ido ampliándose y abarca ya, de una forma general, un sector bastante considerable de la juventud española actual. La constatación de esta realidad le preocupa de modo especial a nuestro autor; por ello aparece de forma más intensa en sus últimas narraciones.

iii) los adultos: Es el sector que posee mayor protagonismo si examinamos globalmente sus cuatro libros de relatos. El interés del autor hacia este grupo no podemos decir que haya crecido o menguado sino que ha variado la perspectiva desde la que Fernández Santos analiza a estos hombres y mujeres.

En *Cabeza rapada* se estudian, sobre todo, las circunstancias sociales que condicionan su existencia, pero a partir de *Las catedrales* hasta su último libro, sin olvidar esta realidad social, le interesa, principalmente, la intimidad del personaje: su forma de sentir y de actuar más que las causas concretas que le mueven a ello. Le interesa analizar esa soledad, esa incomunicación de las que hemos hablado anteriormente con bastante profusión.

– La estructura

La evolución de este aspecto ha estado dominada por el progresivo avance de tres elementos que trataremos posteriormente: la posición del narrador, el espacio y el tiempo. En la medida que éstos se hacían más complejos, la estructura dejaba de tener un orden lineal. Así, de las conformaciones clásicas de las narraciones de *Cabeza rapada* se ha dado un gran paso hasta los últimos relatos aparecidos. En esta primera obra los apartados en los que se dividen los cuentos suponen un progreso en la narración. A partir de *Las catedrales* éstos responden, generalmente, a una variación en la perspectiva de la historia determinada por uno de los tres aspectos a los que antes aludíamos (narrador, espacio, tiempo).

Será necesario, pues, ver cuál ha sido la evolución concreta de cada uno de ellos por separado.

– La posición del narrador

Tal como señalábamos, éste es uno de los elementos que ha sufrido un avance más considerable a través de sus cuatro libros de relatos.

Las limitaciones del narrador de *Cabeza rapada* quedan ampliamente superadas en las tres colecciones posteriores. El realismo objetivo que imperaba en esta primera época encontraba su mejor representación en un narrador situado fuera de la historia que, al modo de una cámara cinematográfica, se limita a constatar una realidad que aparece, fundamentalmente, a nivel externo. De esta forma, queda hasta cierto punto relegada la interpretación por parte del autor de los hechos o actitudes que transmite. En otras ocasiones se sitúa dentro de la historia identificándose con el protagonista. Es también un procedimiento que cumple los requisitos del realismo del que hablábamos, al limitar así el narrador su caudal de información al que pueda poseer dicho personaje.

No se tienen en cuenta, de esta manera, otras perspectivas básicas que podrían ofrecernos una visión más profunda de la historia; se desaprovechan, de alguna forma, las posibilidades de las narraciones.

Pero el autor subsana esta circunstancia en el siguiente libro de relatos, *Las catedrales*. Fernández Santos combina las distintas voces de la narración, tanto dentro como fuera de la historia, para conseguir esa interiorización que posteriormente alcanzará en sus cuentos. De entre todas ellas destaca, en orden a su frecuencia, la identificación narrador-personaje desde la tercera persona (estilo indirecto libre). Como hemos dicho en más de una ocasión a lo largo del análisis es la que más se acomoda al tono reflexivo y crítico que nuestro autor confiere a los personajes.

Le siguen en importancia los monólogos donde los protagonistas se muestran más emotivos; sirven así de complemento y de contrapunto a la forma antes citada.

También se manifiesta con cierta asiduidad un narrador fuera de la his-

toria que sigue manteniendo una posición de simple espectador de la acción limitándose a acotar los diálogos o a describir ambientes.

Ahora bien, en los relatos a partir de *Las catedrales* encontraremos, generalmente, más de una forma narrativa de las que acabamos de citar. La conjugación de varias de ellas nos ofrece una visión más profunda de la historia, de la que hablábamos anteriormente. Toma entonces un papel protagonista el lector que debe mantener un papel activo en la lectura.

*Paraíso encerrado* supone, en este sentido, un afianzamiento de este nuevo camino emprendido en el libro precedente y, al mismo tiempo, introduce algunos procedimientos narrativos muy en boga en la actualidad: la estructura perspectivística y el «tú» equivalente a un «alter ego». La primera de ellas comporta —como hemos visto en el análisis de algunos relatos: «Entrevista», por ejemplo— una mayor complejidad del cuento. La segunda forma, el «tú» como «alter ego» aparece ocasionalmente y actúa como una voz más que completa el abanico de perspectivas que el escritor utiliza en la narración.

En *A orillas de una vieja dama* nuestro autor ha conseguido dominar las voces narrativas de manera que enlacen unas y otras sin que el lector perciba de forma notable el cambio de punto de vista; ello indica, naturalmente, la madurez narrativa alcanzada por Jesús Fernández Santos.

— El espacio

Junto a los personajes, éste es el aspecto que más atención ha merecido por parte del autor: su evolución ha sido también fundamental.

En *Cabeza rapada* este elemento se limitaba a ser un marco, muchas veces sólo insinuado, donde se desarrollaba la anécdota. Ésta no hubiera cambiado esencialmente de haber variado el escenario.

*Las catedrales* representan un giro radical del tema. El escritor escoge cuatro espacios peculiares —cuatro catedrales españolas— y en ellos sitúa los relatos. Pero el hecho no es así de simple. Primero, introduce este espacio mediante un texto preliminar donde se nos da una breve información sobre la catedral y su enclave. La narración que le sigue tendrá su base, su eje, en la relación que se establece entre cada catedral y los personajes que se vinculan a ella de una u otra forma. Los recintos catedralicios no se limitan, así, a ser un mero escenario sino que actúan como fuertes condicionantes en la vida de los protagonistas: les atraen, les absorben, les atan.

De esta forma, al mismo tiempo que el espacio se convierte en un elemento decisivo en la trayectoria vital de los personajes, ejerce como principio aglutinador de la obra, que adquiere así un notable carácter unitario.

Participará también de este carácter la siguiente colección de relatos, *Paraíso encerrado*, donde el espacio se convierte en uno de los protagonistas de la obra. El parque del Retiro, lugar donde se desarrollan las narraciones, actúa como símbolo, fundamentalmente a dos niveles: en un primer nivel, el recinto en su totalidad —o bien un elemento característico de éste— se

convierte en símbolo de la historia individual de los personajes centrales. En un segundo nivel, se establece un paralelismo entre el proceso de devastación que sufre el parque (observado a través de los textos preliminares que nos informan sobre su historia) y el proceso de devastación, esta vez moral, de los protagonistas.

El autor lleva, así, hasta sus últimas consecuencias esta relación espacio/personaje que ofrece tantas posibilidades y que permite aunar bajo un mismo tema todas las narraciones.

*A orillas de una vieja dama* no posee este carácter unitario que venía siendo característico en estos dos libros anteriores. Participa de la diversidad de escenarios al igual que *Cabeza rapada*, pero la evidente distancia entre ambas obras hace que el espacio no se limite a enmarcar el relato en su última colección. En la mayoría de narraciones de *A orillas de una vieja dama*, este elemento sigue teniendo un papel importante. El paso inexorable del tiempo marca la caducidad de los lugares en los que los personajes luchan, la mayoría de las veces infructuosamente, para escapar del laberinto en el que están inmersos. Así, tras un proceso de experimentación representado por *Las catedrales* y *Paraíso encerrado* el espacio, sin dejar de ser esencial, no constituye el eje por excelencia del relato.

– El tiempo

La evolución de este aspecto va íntimamente unida a la de dos elementos anteriores (la posición del narrador y el espacio) y a la progresiva anulación de la anécdota en las narraciones.

En *Cabeza rapada* predomina aún el orden cronológico en justa correspondencia a la posición del narrador y a un espacio que se limita, prácticamente, a su función de escenario. La acción transcurre de forma lineal –aunque hay alguna excepción, como destacamos en su momento, que no deja de ser esporádica–.

A partir de *Las catedrales*, una vez más, el tiempo empieza a adquirir complejidad. La memoria de los protagonistas nos trasladará frecuentemente a su pasado en donde radican las circunstancias que motivaron, en buena parte, su posterior trayectoria vital. El autor se deja guiar por los recuerdos de los personajes que nos llevan, merced a un rica variedad de asociaciones de ideas, a diversos momentos de su pasado. No hay, pues, un orden cronológico lo que revierte, naturalmente, en una mayor complejidad del relato.

Los dos libros siguientes –*Paraíso encerrado* y *A orillas de una vieja dama*– siguen en la misma línea, restringiendo, si cabe, los enlaces entre pasado y presente.

– El estilo

No hay duda de que Fernández Santos destaca por su maestría en la elaboración de su prosa. Desde el primer momento, ésta ha sido una de sus preocupaciones fundamentales. Por ello, el tiempo se ha limitado a pulir las cualidades que ya se observaban en su primer libro.

Hemos alabado, con suma frecuencia, sus dotes de observador puestas al servicio de una descripción precisa y detallada de ambientes y personajes. Contribuye a ello el uso reiterado de imágenes —de base sensorial, en su mayoría— que además de transmitirnos una determinada realidad, no dejan de tener resonancias poéticas. Se observaba ya esta característica en *Cabeza rapada*. Y continúa, con más brillantez si cabe, hasta *A orillas de una vieja dama*.

Ahora bien, si las estructuras sintácticas de aquel primer libro se distinguían por su simplicidad, a partir de *Las catedrales* se inicia una etapa de mayor elaboración de su prosa que afecta, primordialmente, a los esquemas sintácticos y a la mayor abundancia de imágenes simbólicas. Todo ello contribuye a dar un ritmo lento a la narración que acentúa su intimismo.

El diálogo es un punto clave en su obra. A través de frases, la mayoría de las veces escuetas, impregnadas de rasgos coloquiales que no llegan nunca a lo vulgar, los protagonistas transmiten al lector sus sentimientos, sus sensaciones. A pesar de esta fundamental concisión, los diálogos no dejan de ser emotivos; por ello, aparecen como un elemento esencial en su primera colección de relatos, *Cabeza rapada*, mientras que sólo forman parte ocasionalmente de los dos libros siguientes —*Las catedrales* y *Paraíso encerrado*— donde se configuran como una perspectiva más dentro de la narración.

Pero uno de los hallazgos más sobresalientes de Jesús Fernández Santos es la introducción de documentos históricos en los relatos. Ellos suponen, además de una conjunción peculiar de dos etapas de la lengua española, una forma de asumir y comprender la historia, sobre todo, en aquellos detalles que muchas veces pasan desapercibidos.

Todos estos elementos que acabamos de enumerar son, quizá, los más significativos. Su prosa resulta de la combinación equilibrada y precisa de ellos, de tal forma que la elaboración cuidadosa a que se la somete quede en un segundo plano para mostrarse bajo un aspecto aparentemente simple. Ésta es una de las grandes virtudes que pueden atribuirse a Jesús Fernández Santos.

A través de esta síntesis que acabamos de realizar de los distintos aspectos que intervienen en sus relatos hemos podido darnos cuenta de un hecho clave: a partir de *Las catedrales* nuestro autor toma una dirección decidida que le lleva hacia un camino personal, intimista, con una prosa sugerente, con tintes poéticos. Pero hemos podido, también, apreciar cómo este cambio no se produce desde la nada; a pesar de su mayor simplicidad, *Cabeza rapada* supone una base firme en la que apoyar su posterior evolución que le concede, sin lugar a dudas, un lugar propio dentro de la narrativa española de postguerra.

